

H CR  
056  
R454-sc

# REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACION PARA EL HOGAR

SARA CASAL Vda. de QUIROS, Directora

SAN JOSE

COSTA RICA

AMERICA CENTRAL

Año V

5 de Enero de 1936

No. 229



## Srta. Inesita Jiménez Huete

La dulce y angelical hijita de la muy distinguida señora doña Anita Vda. de Jiménez, en memoria de la cual se hizo una preciosa fiesta para los niños pobres el día 23 de Diciembre próximo pasado.

Que la paz y felicidad de la gloria de que goza Inesita, sean un lenitivo para la afligida mamá son los deseos nuestros y pedimos muchas bendiciones del cielo para la inconsolable familia.

# A mi padre

*En su onomástico*

¡Hoy Julio 16!, mi dulce lira  
acostumbrada al son de la cantata,  
sin pronunciar engaños, ni mentiras...  
te entona, a tí, su regia serenata.

Por eso en este día  
en que al mundo viniste entre las flores,  
mi lira arrancará, tierna y bravia,  
cantos que dan hermosos esplendores.

¡Hoy Julio 16!, qué hermoso el cielo  
derrama su fulgor en esta estancia;  
y qué nardos esparcen su fragancia.  
tras el tul de dorado terciopelo.

Aquí se ocultan recuerdos y esperanzas:  
se ve de un padre la dulzura pía,  
de una madre la angélica bonanza,  
y un dulce aconsejar... de noche y día.

Cuarenta años de dichas y de penas,  
en tus canas de plata se reflejan;

cuarenta años, cuarenta resplandores  
que han formado guirnaldas de azucenas.

¡Salve padre querido y amoroso!  
permita que ponga en tu diadema  
este rojo clavel tan aromoso  
lenitivo feliz de tantas penas,  
que cual hijo fiel a tus mandatos  
te renove mi amor y mi cariño,  
pues si he sido hasta ahora tan ingrato  
aún conserva mi amor cosas de niño;  
que te desee que espinas punzadoras  
nunca se rocen con tu fina planta,  
y que en tu cielo azul brille la aurora  
que ennoblece, conforta y agiganta;  
que mi Dios, tu mismo Soberano,  
haga ser a tu vida una mañana,  
y que de tu hijo las honrosas manos  
ricen las hebras de tus níveas canas.

*Augusto del Valle C.*

---

---

## Amor a las riquezas

*por Pedro Foveda Castroverde*

Utiliza las riquezas para lo que Dios te  
las dió, y no pongas el corazón en ellas.

No hay tranquilidad ni paz posible para  
el que ama las riquezas.

Sus dardos van contra la esencia misma  
de la perfección: contra la caridad.

Todo apego a los bienes temporales, por  
pequeño e insignificante que sea, es obstáculo  
grande para la perfección.

La pobreza de espíritu puedes tenerla, aun  
poseyendo grandes riquezas.

¡Cuántos que vencieron muchos vicios no  
supieron vencer la avaricia!

Por el amor a las riquezas se cometen to-  
da clase de crímenes.

No hay vicio a que no llegue el que se  
propone conseguirlas.

El amor a la pobreza es la madre de la  
perfección.

El creer que sólo son avaros los usureros  
sin entrañas es cosa muy general, pero es un  
error gravísimo; hay muchos avaros a quienes  
el mundo tiene por buenas personas.

Las bienaventuranzas son el mejor resu-  
men del Evangelio, el más firme sostén de  
nuestra fortaleza en la lucha por el Cielo, y  
la más perfecta regla de vida. Son el alma de  
la fe, de la esperanza y de la caridad.



DIRECTORA:

Sara Casal vda. de Quirós

Apartado 1239

Teléfono 3707

OFICINA: mi casa de habitación  
BARRIO: Estación del Atlántico  
Avenida 1a. — Calles 27-29

## REVISTA COSTARRICENSE

Publicación Semanal para el Hogar

Benedicida y aprobada por Su Santidad Pío XI  
Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica

San José, Costa Rica, 5 de Enero de 1936

Suscripción mensual

cuatro números:

¢ 1.00

## Días de Navidad y Año Nuevo

El día más alegre del año es el día de Navidad, es algo tan sublime pensar en el nacimiento de Jesús Niño, el que debía salvar la humanidad, darle normas para vivir según la voluntad de Dios Padre y como una prueba de su grande amor para sus hijos quedarse hasta la consumación de los siglos en la Santa Eucaristía para consolar al triste, para dar valor al abandonado de la fortuna, para mitigar las duras pruebas de la vida y para elevar las almas hacia la dicha suprema de la unión con Dios.

El 24 de Diciembre es un día feliz hasta para los que no creen en Dios y no se comprende cómo no reflexionan en ese milagro de los milagros, el de la gran alegría que se comunica como algo sobrenatural a todos los seres humanos, esa alegría de la Navidad, sólo el recuerdo del nacimiento de un Dios hecho niño puede ejercer una influencia eterna de dicha y alegría para celebrar una fecha única en la Historia de la humanidad.

Para algunos la Navidad es triste, el recuerdo de los seres queridos que se fueron... los dolores del alma... la pobreza en los hogares... los niños sin juguetes... y el hogar abandonado del sér querido que se fué y prefirió compartir sus alegrías con otra que no es su esposa... todo eso es triste, bien triste... Pero todo tiene remedio en la vida... menos la muerte... el cariño de los hijos repone mucho el cariño del esposo desertor, la pobreza puede la suerte tornarla muy pronto en una vida tranquila sin las zozobras del que carece de casi todo lo indispensable para la vida... Oremos y esperemos los que llevamos dolores en el alma, el Dios Niño pue-

de traernos días felices, sólo El es Poderoso para derramar en las almas la felicidad que no pueden dar los humanos.

Este año a pesar de la crisis, ha sido quizá el año que más se ha obsequiado a los niños pobres, habrá muchos niños felices con sus juguetes... que Dios bendiga a todas las personas que se han preocupado por la Pascua de los Niños Pobres.

El día de Año Nuevo es un día alegre, lleno de esperanzas y alegrías. No hay quien no espere que el nuevo año será mejor... y es mil veces mejor que sea así... la vida debe ser optimista, es la mejor felicidad...

REVISTA COSTARRICENSE se complace en desear a todos sus suscritores y anunciantes un Año Nuevo muy feliz, lleno de prosperidad, y espera que su valiosa cooperación continuará apoyando su ardua labor.

Pronto entrará en el sexto año de vida, de una labor intensa y continuada, sin haber tomado una vacación y esta Dirección considerando de justicia un pequeño descanso ha decidido refundir los cuatro números mensuales en dos números con mayor número de páginas, durante los meses de enero y febrero, después continuará como siempre, con sus cuatro números mensuales.

Esperamos que los suscritores y anunciantes estarán conformes y además comprenderán la justicia de nuestro descanso.

Hemos tenido serias dificultades en nuestra labor, ocasionadas por la falta de cumplimiento de algunos agentes y suscritores, y por la falta de comprensión de algunos suscritores para apreciar una labor social

tan desinteresada como patriótica, pero esperamos que la comprensión llegará y nos ayudará a seguir siempre adelante.

No debe olvidarse que todos los periódicos toman sus vacaciones y que tienen muchos días festivos y que para nuestra re-

vista no hay día festivo. Es por ello que en Europa siempre en los meses de vacaciones se refunde la labor de las revistas en la forma que por primera vez lo hacemos.

SARA CASAL v. de QUIROS

## Fiesta de Navidad para los niños pobres en memoria de Inesita Jiménez Huete

El 23 de diciembre próximo pasado se verificó la fiesta de Navidad para los niños pobres que la muy querida e inolvidable Inesita Jiménez tenía la costumbre de hacer todos los años. Se hizo el día 23 por ser esa la fecha en que el alma de Inesita voló al cielo para ir a adorar eternamente al Corazón de Jesús a quien ella amaba tanto.

Inesita fué una niña mimada de la fortuna y de sus virtuosos padres quienes han sido personas muy generosas y buenas, amaban a su única hija con encanto. Inesita fué como una delicada flor, sensible a todas las tristezas y congojas de los pobres a quienes consolaba y prodigaba su caridad espléndidamente.

Todo el año preparaba Inesita ropita, la que confeccionaba con primor para sus niños pobres y era su grande ilusión repartirla el día de Navidad. Además les obsequiaba confites y juguetes.

Este año, cuando apenas hace siete meses que murió Inesita, estando su buena mamá en New York obligada por la enfermedad de su hijo, regresó a su patria para seguir la costumbre establecida por su querida hijita y encargó a su apreciable hermana doña Emilia Huete de Sáenz y a su hija Adelita Sáenz para que le prepararan 100 vestiditos para niños de todas las edades hasta doce años y 120 vestiditos para niñas de 1 a 12 años. Admiradas quedamos al ver tanta ropita cosida tan cuidadosamente y con gusto. Los juguetes preparados, cocinitas con sus cazuelas, comales, anafes, muñequitas, carretitas, bolas, pistolas y gran variedad de juguetes más. Bolsitas de confites y galletitas. Todo fue repartido en casa de doña Emilia y fue día de alegría para todos los niños obsequiados.

Nos parece que es una manera bellísima

de perpetuar la memoria de los seres queridos, haciendo el bien que ellos hacían, para que su benéfica influencia continúe favoreciendo a los abandonados de la fortuna.

Nos imaginamos a Inesita, asomada a una ventanita del cielo, rodeada de lirios y de nubes muy blancas, tan blancas como su alma angelical, con su mirada tan dulce y humilde, viendo la repartición de ropita a sus pobrecitos niños, muy complacida y feliz y ya terminada la buena obra volviéndose muy alegre, hacia el Corazón de Jesús pidiéndole humildemente una bendición y resignación cristiana para su queridísima mamá y hermano.

Sara C. Vda. de Quirós

### ACCION DE GRACIAS

Doy infinitas gracias a la Santísima Virgen por haberme concedido un gran favor por medio de la devoción de las TRES AVE MARIAS.

Ana Isabel García Alvarado

—¿Qué, tiene hambre? ¿Y por qué no prueba a trabajar?

—Ya he probado señor; pero cuando trabajo tengo más hambre todavía.

—::—

El invitado agradecido:—Hace mucho tiempo que no comía tan bien como he comido ahora.

El niño de la casa:—Lo mismo nos ocurre a nosotros señor...

## Sembradoras de bien

Si preguntáis a los labradores, os dirán que ya no es tiempo de siembra. Ellos, muy expertos, saben bien que los fríos intensísimos del invierno helarían la semilla.

Sin embargo, en otros países, la tierra produce tres y cuatro cosechas, lo cual obliga a estar incesantemente con la semilla en la mano, para arrojarla al surco.

Yo sé de un Labrador divino que sembró siempre durante su vida mortal, y que sigue sin intermisión sembrando, y *sembrándose*, desde el Sagrario.

Y sé también que hay otros sembradores de cizaña, que aprovechan el menor descuido del dueño de la heredad para arrojar al surco la semilla maldita.

Vosotras, amadísimas alumnas, que vais a los pueblos en que os aguarda la familia para pasar en su dulce compañía las gratísimas fiestas de Navidad, ¿queréis obsequiar a Jesús Niño ejercitándoos en el laboreo de la tierra y en la siembra de la buena semilla?... A buen seguro que encontraréis tierra muy dura, pero acaso tenga tan sólo la superficie helada por las ventiscas de diciembre, y escarbando en ella con amor hagáis oficio de sol caliente de primavera, que le devuelva la vida.

Sembrad en esa tierra, amadísimas alumnas; sembrad siempre, sin interrupción, sin desaliento, sin desesperanza... Podéis ser sembradoras de modestia, de afabilidad, de compostura, de caridad...

Debéis sembrar buenas palabras, buenos ejemplos, buenas obras... Esta siembra, cuando más prende es cuando va acompañada de sacrificio, de abnegación, de desinterés.

No desaprovechad, ¡por amor a Dios os lo pido!, ninguna ocasión de hacer esta siembra bendita. Podéis hacerla entre buenos y malos; entre viejos y jóvenes; de noche y de día; sin fatiga, pero sin descanso; con alegría, con gracejo, *con sal*...

Que vuestro paso por el pueblo deje sembrada la buena semilla hasta en el alero del tejado y hasta en la torre más alta del señorial castillo.

Y antes de volver al hogar teresiano, dejad recomendada la cosecha al Labrador divino. Pasad por el Sagrario de la Parroquia, y decidle a Jesús: Ahí queda eso... Los frutos para Ti, para tu gloria...

Ma. Josefa Segovia

(Del "Boletín Teresiano").

## De la excelencia de la Santa Misa

Dice don Bosco: Queréis saber, ¡oh piadoso lector qué es el santo Sacrificio de la Misa? Es el acto más solemne que puede celebrarse en la tierra; el acto más sublime y el más excelente por sí mismo, el que más agrada a Dios, y el que nos atrae mayores bienes. Es la continuación y reproducción de lo que hizo Nuestro Señor Jesucristo en la última Cena, cuando por virtud de su omnipotente palabra trocó el pan en su carne y el vino en su preciosa sangre. En la víspera de su muerte celebró Jesús de este modo la primera Misa con sus Apóstoles, y ordenó a éstos que la perpetuasen hasta el fin de los siglos. "Haced esto en memoria de Mí". Al propio tiempo que durante la celebración del Sacrificio de la Misa se reproduce ese prodigio inaudito, se

continúa también, y se renueva el Sacrificio que Jesucristo hizo de Sí mismo sobre la Cruz, para aplacar a la Divina Justicia ofendida, para librarnos del infierno y abrirnos las puertas del Paraíso. Sí, sobre este altar mientras el Sacerdote pronuncia las palabras de la consagración, Jesucristo se halla realmente presente con su cuerpo, y su alma, y su divinidad. En él se ofrece a su Eterno Padre como víctima por nuestra salvación, como se ofreció en el Calvario. Con sola la diferencia que el primer sacrificio fue sangriento, mientras que el de la Misa se realiza sin efusión de sangre; pero el valor del sacrificio es exactamente el mismo. Es decir que la santa Misa nos representa en realidad de verdad Aquél a quien toda la ciudad de Jerusalén vió clavado en la Cruz el

Viernes Santo; aquél a quien la Madre del dolor contempló al pie de la Cruz; Aquel que al expirar, hizo eclipsar el sol, temblar la tierra y partirse las montañas; Aquel que nos cerró el Infierno y abrió el Paraíso, es decir, Jesucristo, el Salvador de los hombres. ¡Ah! ¿Cómo explicar la excelencia de la Misa? ¡Ni los mismos Angeles serían capaces de hacerlo dignamente, pues ellos enmudecen de admiración.

Siendo el sacrificio de la Misa idéntico al de la Cruz, se sigue que una sola Misa tributa a la gloria de Dios un homenaje superior a todas las alabanzas de los Angeles y Santos de todos los siglos pasados y futuros. ¿Quién sería capaz de enumerar los tributos de adoración de todas las almas justas desde el principio del mundo? Y después de veinte siglos que Jesucristo ha introducido en el reino de los cielos a tantos millares de almas bienaventuradas; ¡qué de innumerables alabanzas ha recibido! Agregad a ellas los de los nueve coros de Angeles que asisten ante el trono de Dios, de los Querubines, los Serafines, los Tronos, las Dominaciones, las Virtudes, los Principados, los Arcángeles, los Patriarcas, los Profetas, los Apóstoles, los Mártires, los Confesores, las Vírgenes y las de todos los Santos! ¡Qué de incalculables homenajes hechos a la Majestad Divina! Pues bien; mucha más gloria y honor, infinitamente más, le redunda de una sola Misa. Porque los Angeles y las jerarquías todas de los espíritus bienaventurados no son más que criaturas de Dios, y de consiguiendo todas sus alabanzas y adoraciones no pueden traspasar los límites de lo criado y finito; mientras en el Sacrificio de la Misa, es Jesucristo, Dios verdadero, quien honra a su Padre, y por tanto es infinita la gloria que le resulta. Ya, pues, que somos incapaces de alabar dignamente al Eterno con nuestras pobres plegarias, oigamos por lo menos la Misa con piedad y devoción profunda, y entonces estaremos seguros de honrar y glorificar a Dios tanto cuanto está en nuestras facultades y a nuestro alcance. Si la misa rinde a Dios un honor infinito, nos proporciona por otra bien inmensos. Es ella el canal misterioso por el cual Jesucristo nos aplica los méritos y fruto de su pasión y muerte, nos comunica todas

las gracias que El nos ha merecido. Ella es el arca de la santa paz que nos reconcilia con Dios, la llave de oro que nos abre los tesoros de todas las bendiciones celestiales: *omni benedictione coelesti et gratia repleamur*, como se expresa la Iglesia en la Santa Misa; es propiciatorio, es decir, que nos hace a Dios propicio, y aplaca su justicia dispuesta a castigarnos por todas nuestras prevaricaciones. ¡Cuántos pecadores han seguido la gracia de su conversión por haber hecho celebrar una Misa, o por haberla oído con devoción! Así nos lo enseña la Iglesia, la cual nos lo ha declarado en estos términos: "por esta oblación del SANTO SACRIFICIO, Dios, aplacado, nos otorgó el arrepentimiento y el perdón de las faltas, y aun de los graves delitos (1) "A las almas que se hallan en estado de gracia el santo sacrificio les alcanza no sólo el perdón de los pecados veniales, sino también la remisión de la pena temporal debida a sus culpas. San Gregorio el Grande nos enseña que "el oír la Santa Misa nos preserva de muchos males y peligros". Ella a los enfermos les obtiene salud, a los pobres e indigentes, los socorros temporales, y nos libra de muchas tribulaciones de que la triste humanidad se halla siempre amenazada. San Agustín cita numerosos favores del Cielo dispensados en su tiempo a muchos cristianos por haber oído la Santa Misa, y declara que los que habrán honrado a Dios asistiendo con piedad y fervor al santo Sacrificio, no morirán de muerte repentina e impensada. El Bienaventurado San Leonardo de Porto Mauricio escribe: Yo abrigo la convicción de que si el Santo Sacrificio de la Misa faltase al mundo, estaría ya sepultado en los abismos del Infierno por sus iniquidades. Sólo la Misa es la que aún le sostiene. (2) El santísimo Sacrificio es también el medio más eficaz para aliviar las almas del Purgatorio en sus atroces sufrimientos, y para aliviar sus penas. (3) De igual modo es también un medio seguro de agradar a María, aplicando la Misa por aquellas almas que más la han honrado durante su vida.

(1) Con. de rento, Ses. 22, cap. II.

(2) Tesoro escondido. Art. IV núm. 7.

(3) Con. Trid.

## La alegría de los ciegos

Una de las cosas que más me han sorprendido en mi existencia y que en Madrid tengo frecuente ocasión de observar, es la alegría y el excelente buen humor de los ciegos.

En Méjico encontraba yo a diario parejas de muchachos ciegos, de la escuela inmediata a mi casa, que salían de paseo. Casi todos sonreían, como si compulsasen un bello paisaje interior, o pensasen pensamientos armoniosos y apacibles.

Tuve en mi niñez un maestro de música, ciego. Su sutileza era tal, que cuando entraba en una habitación, sabía inmediatamente si en ella estaba alguien, y saludaba. Era en vano callar. El continuaba dirigiéndose a la persona aquella, hasta enfadarse porque no se le respondía y preguntar irritado:

—¿Es usted sordo?

Al transponer el umbral de una puerta sabía ya si la pieza a la cual entraba era reducida o espaciosa. El ambiente de la misma se lo decía.

Pues bien, este ciego era excesivamente feliz; jamás le vi sombrío a pesar de toda la sombra que llevaba en las muertas pupilas.

Theóphile Gautier en su viaje a España (adorable antigualla) habla de un ciego que le guió en su visita al Escorial.

“Era verdaderamente maravillosa de ver, dice, la precisión con que se detenía frente a los cuadros, designándonos su asunto y su autor, sin vacilar y sin equivocarse jamás”.

“Nos hizo subir a la cúpula y nos paseó por una infinidad de corredores ascendentes y descendentes, que igualan en complicaciones al

*Confessional des Penitents Noir* o al *Chateau des Pyrénées*, de Anne Radcliffe. Este buen hombre se llamaba Cornelio—añade Guatier—y disfruta del más bello carácter del mundo. Parece alegrísimo de su enfermedad”.

En días pasados, en un tren, un matrimonio, fortuita relación de viaje, referíame de cierta parienta a quien iba a visitar.

—Es una anciana, decíame la señora (y el marido lo confirmaba) que hace algunos años era intratable. Tenía un insoportable carácter; pero desde que se quedó ciega se volvió angelical. Su buen humor y su dulzura no se desmienten jamás”.

Si me pusiese a citar todos los testimonios y ejemplos que abonan la verdad de este hecho, inverosímil pero exacto, no acabaría nunca; mas quienes me leen saben sin duda de muchos casos y confirman in mente lo que digo. ¡Sí, señor, los ciegos son casi siempre alegres, los ciegos son casi siempre felices!

Así como canta más bellamente, según afirman, un ruiseñor cuando un salvaje le arranca los ojos, así gorjea el alma de un ciego en la perpetua noche que le circunda.

¡Qué sabemos nosotros de esas misteriosas compensaciones de la naturaleza para los miserables a quienes en apariencia azota! ¡Qué sabemos si es madre allí donde la hemos creído madrastra!

¡Cómo podríamos adivinar los paraísos interiores de aquellos a quienes está negada la visión de la vida!

¡Quién sabe si la tristeza está en las cosas, como está en ellas la consistencia, como está

## EL CHIC DE PARIS

recibió las Agujas para Alfombras con lindos motivos futuristas — Un Surtido nuevísimo para las aficionadas al knetting, con sus agujas circulares — Modelos para Abrigos elegantísimos — Cuellos — Sweaters — Blusas — Carteras — etc., etc. — Los aparatos para hacer las margaritas en lana y preciosos modelos para aplicarlas.

Emblemas — Trencillas para Vestido Marinero — Guías y Tubulares — En la ventana se exhiben, los Sombreros Franceses acabados de llegar. La novedad del día, adornados con organdíe — Vea las ventanas de **EL CHIC DE PARIS**

Para sus flores LA GARDENIA - Teléfono 3493

en ellas la energía, como están en ellas tantas propiedades físicas!

¡Las cosas son tristes, sí, y la visión de las cosas es acaso la que nos conturba y llena de melancolía! Tras de mirarlas y remirarlas, la angustia se nos entra muy hondo.

Cuando ya no las vemos, la angustia se va con la luz...

El horror supremo de los ciegos de Maeterlinck, es puramente imaginativo: ¡está pensado por un hombre que ve! ¡La realidad no es así! En las grandes catástrofes, los ciegos son quienes más seguramente escapan.

Ellos están en connivencia con las tinieblas.

La sombra es su cómplice.

¡Cuando en Londres cae la terrible bruma negra, mientras la metrópoli agoniza y se debate como un monstruo en una trampa, ellos marchan por el dédalo de calles, para ellos solos visibles, sonrientes y serenos!

Por todas estas cosas, y por otras muchas, no me sorprende la sonrisa de los ciegos, divorciadas ya de las apariencias del mundo, la enigmática sonrisa de los ciegos, que van por las calles de Madrid haciendo sonar sus desmadejadas orquestas.

*Amado Nervo*

## La única Religión verdadera

Es la religión la moneda con la cual compramos la vida eterna, nos es menester saber distinguir la moneda legítima de la falsa.

Monedas hay que aparentemente son legítimas, pues presentan los mismos caracteres, tienen el mismo sello, el mismo escudo, etc., pero si bien se las examina resulta que son de plomo, no tienen ningún valor. Tales monedas falsas sólo sirven para engañar a aquellos que no examinándolas las tienen por buenas y legítimas.

Exactamente lo mismo sucede con las religiones, que las hay falsas y éstas son muchas, pero legítima, sólo una.

Religiones hay que sustentan principios inmorales, otras plagadas de mil errores, otras divididas en tantas sectas con tan opuestos dogmas que es imposible de todo punto que posean la verdad, pues aun carecen de la unidad.

Basta sólo examinar con algún cuidado a los fundadores de las diversas religiones para llegar al convencimiento de que no es posible que sean ellas verdaderas, pues son sus fundadores personas de tan poco virtud, basta consultar la historia, para ver que no eran capaces de formar una religión salvadora y quien conozca los móviles que impulsaron a tales autores de religiones a formar la suya, verá que no fueron si no las pasiones más degradantes lo que les dió impulso para presentar al mundo esa falsa moneda de su religión.

Cuando Cristo apareció en la tierra para ser la luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, se presentó como el Mesías anunciado por los Profetas y el mismo Padre Eterno dió testimonio de la divinidad de su Hijo y El con sus milagros confirmó esa verdad y fundó la religión salvadora, fundó su Iglesia, fuera de la cual no hay salvación posi-

**ROPA INTERIOR DE SEDA**

**KAYSER**

*Surtido completo en la*

**TIENDA DE DON NARCISO**

**EL AGUILA DE ORO**

**Pujol Hnos.**

Servicio rápido a domicilio

Recibido recientemente para

**REGALOS DE NAVIDAD**

Preciosas cajas de Chocolates rellenos

Frutas Cristalizadas en bonitas cajitas  
Confitería fina.

**Teléfono 3933**

ble y cuyo sostenimiento y duración es la prueba más irrefutable de que posee la verdad y de que no solamente consta del elemento humano sino que, como savia vivificadora posee también el elemento divino. Es la Iglesia, es decir la Religión Católica, la única moneda legítima que nos da derecho a la gloria pues sólo ella posee los medios de salvación.

Siglos después de la fundación del cristianismo se presentaron hombres llenos de inmoralidad exponiendo una nueva religión que tenía apenas ribetes de cristianismo y como legítima la presentaron, mas quien tenga sentido común entenderá muy bien que Dios no puede servirse de hombres perversos para reformar su Iglesia.

¿Qué moralidad podía tener esa nueva religión cuando sus fundadores estaban ence-

negados en los vicios más bajos? Quien esto dice es nada menos que un historiador protestante, Cobbett, el cual afirmaba: "jamás vio el mundo reunidos en un mismo siglo tantos hombres perversos como Lutero, Calvino, Zwinglio, Enrique VIII, etc. El único punto de doctrina en que estaban acordes, era la inutilidad de las buenas obras y su vida ofrece una relevante prueba de la sinceridad con que practicaban este principio".

Muy de otra manera contemplamos al fundador del cristianismo, a Jesucristo, quien siendo la misma virtud y la santidad por excelencia pudo decir: "¿quién me convencerá de pecado?" S. Juan VIII-46.

*Fernando Sarratea S.*  
Presbítero.

## Las buenas lecturas

Por G. PALAU, S. J.

¡Cuánto lee! Tal vez demasiado... No el mucho leer aprovecha, sino el saber leer.

Hay quien mira mucho y apenas ve nada. Poco fruto sacarás si lees tan de corrida y aprisa.

Escoge pocos libros — los mejores entre millares — y léelos despacio, con el ánimo tranquilo, con atención sencilla y con deseos de aprender a reformarte y a mejorarte en bien tuyo y de los demás.

¿Qué importa que la tierra sea de buena calidad, si el agua de la lluvia no le penetra? Toda lectura precipitada es como lluvia torrencial, de poco provecho.

Vale más un pensamiento fecundo, bien entrañado, que mil ideas imprecisas y mal digeridas.

Aprende a leer... Aprende a sacar partido de toda idea sana y provechosa.

Hay libros para muchos y hay libros para pocos. Hay libros para tí, y hay libros para otros... Aquel es el mejor que, al par que te ilumina, te vigoriza; que juntamente te consuela y corrige.

Libro que te deleita alborotando la imaginación y excitando las pasiones, puñal es que blandamente hiere y que a la vez traido-

ramente envenena.

¿Quieres saber cuántas enfermedades físicas y morales causan las malas lecturas? Si no lo sabes por tí misma, léelo en la vida de las que se dan mucho a ellas.

Aire, sol y moderado ejercicio vigorizan los cuerpos; sanas ideas, robustos sentimientos y ejercicios de virtudes fortalecen el alma.

Lectura que te ensimisma y debilita, que te fascina y exalta, que te conturba y desespera, no es para tí ni para nadie.

Más vale saber poco y vivir bien, que saber mucho y vivir mal.

¿De qué le servirá al mundo que tú te creas una sabia, si no sabes enseñar con el ejemplo de la ciencia de las virtudes?

Aprende a leer. Aprende a saber leer.

No todo saber es sabiduría, antes bien saber ciertas cosas y gloriarse de ello es vanidad y estulticia.

Más sabe la mujer humilde y de buen juicio que el sabio presuntuoso e insensato.

La mayor rémora del progreso intelectual es la falsa ciencia de la soberbia, y el mayor de los males en el orden moral es el arte sutil de enloquecer y pervertir por medio de las novelas.

# El A B C de las Madres

## PREDIQUEMOS CON EL EJEMPLO

Una lección que muchas aprenden a menudo de los hijos — dice Graciela — es la de luchar contra el instinto de los celos. Muchas madres que jamás tuvieron celos de otras mujeres, encuentran muy difícil no sentirse celosas del amor de su esposo por los hijos. Es ese un sentimiento raro, y sin embargo constituye un hecho de difícil explicación.

Con frecuencia, cuando el padre regresa a su casa, terminada la diaria labor, y revela mayor interés por la salud de los nenes que por la de su esposa, la mujer se resiente.

—¡Es claro — exclama: — ahora no piensa más que en los hijos! Yo ya no tengo importancia.

Podrá hablar como si fuera en broma, pero habrá oculta amargura en su observación.

También puede suceder que los celos se produzcan a la inversa. Tal vez los niños la molesten todo el día preguntándole:

—¿Cuándo regresará papá?

Es entonces que se produce el temor de que ella ha pasado a ocupar el segundo puesto en sus vidas infantiles; pero si muestra ofenderse por ello, sólo servirá, e inevitablemente, para alejar de ella más aún a los niños.

El espíritu de sacrificio y la conformidad son dos lecciones importantes que debe aprender y no olvidar jamás toda madre. No es fácil hacerlo, pero cuando se logra, la satisfacción compensa ampliamente todo lo demás y el esfuerzo realizado. Los niños amarán cada año más a la madre que supo sacrificar sus sentimientos, pues la abnegación es una virtud que está casi por encima de la comprensión infantil.

Las lecciones que nos enseñan nuestros hijos no son siempre fáciles, pero se contrabalancean ampliamente con la alegría que se obtiene en la compañía constante de las vidas infantiles.

## SENTIDO DE EQUIDAD

Entre los buenos sentimientos que se puede despertar e inculcar en el alma de los niños está, en primer término, el de la justicia y la equidad. En nuestro proceder para con ellos conviene, antes de nada, enseñarles a ser justos, y a acostumbrarse a que la justicia sea respetada. Tenemos, por ejemplo, a menudo, que muchas madres, cuando están peleando dos de sus hijos, dan la razón, sin averiguaciones de ninguna especie, al más pequeño. ¿Por qué? ¿Acaso el otro, porque comprenda más que no debe pelear con su hermano, no puede tener la razón del mundo? En esta forma se va fomentando dos sentimientos al mismo tiempo: el del egoísmo en el menor de los niños, y el de la injusticia en el mayor de ellos.

Si tuviera que recorrer ochenta cuerdas, de las que sólo he andado veinticuatro. ¿Qué me faltaría? Diez centavos para el tranvía.

—::—

—Mi esposa es un ángel.

—Pues yo no puedo decir lo mismo de la mía. Todavía no se ha muerto.

## EL ALIMENTO IDEAL



# LA CALUMNIADA

## NOVELA

rada con tal firmeza que ella misma se a-  
sombó.

—No sé absolutamente nada—repitió con  
voz firme.

Dejáronse oír en la planta baja los pri-  
meros acordes del concierto: el duque aban-  
donó precipitadamente la cámara de su mu-  
jer para ordenar que se suspendiera la fiesta,  
y se encontró cara a cara con la princesa Ele-  
na: ésta venía del parque en donde supo  
la fatal noticia: la desesperación de sus mira-  
das era más expresiva que lo hubiera podido  
ser su lenguaje.

—Alteza — dijo el médico al duque, a  
quien había seguido,—convendría llamar  
por telégrafo a H... al profesor Thalheim:  
la duquesa está muy grave.

El duque lo miró con espanto y palide-  
ció.

—¡Oh! ¡Que no se muera!—murmuró la  
princesa Elena.—¡Que no se muera, en el  
nombre de Dios!...

—¡Eso no... , eso no!—y retrocedió hor-  
rorizada al ver a Claudina con el vestido  
lleno de sangre.

La joven encontró en su cuarto a Beata.

—¡Dios mío! ¡qué acontecimiento más  
espantoso!—exclamó.—¡Y cuando se re-  
flexiona que nuestra fiesta ha sido la causa  
de él!

—¡No! — murmuró Claudina, sin fuer-  
zas casi y quitándose el vestido.

—Bueno, bueno, hija mía, es preciso ser  
razonable: tú misma tienes la cara de una  
muerta—le dijo en tono de reprensión ca-  
riñosa.—Todos los convidados se agrupan  
allá abajo los unos contra los otros: yo he  
enviado al aya con Isabel y con Leonia al  
fondo del parque para que las criaturas no  
oigan esos rumores. Los príncipes están en  
sus habitaciones: el príncipe heredero sollo-  
za hasta ablandar las piedras... ¡Qué a-  
contecimiento más terrible!

—¿Quiénes hacerme el favor de llevar-  
me en tu coche?—dijo Claudina.

Beata, que de pie ante un espejo se po-  
nía el sombrero, se volvió con rapidez.

—¿Que quieres marcharte ahora? — le  
preguntó con sorpresa.—Tú no puedes ha-  
cer eso.

—¿Quieres cederme tu coche, sí o no?

—Su Alteza desea hablar con la señori-  
ta de Gerold—dijo la camarista de la du-  
quesa entreabiendo la puerta:

—Ya lo ves, Claudina — dijo Beata,—  
tú no puedes alejarte de aquí en semejantes  
momentos.

La cámara de la enferma estaba oscura  
y silenciosa: en la antecámara se paseaba el  
duque con visible preocupación. Claudina  
se había sentado al pie de la cama en una  
silla que la enferma le había indicado con  
un pequeño movimiento: luego había añadi-  
do, con voz apenas perceptible, que le ro-  
gaba que permaneciese allí porque tenía que  
decirle algo importante.

Elena se había refugiado en la habitación  
del príncipe heredero: allí permanecía a-  
currucada cerca de él en la alfombra: no  
lloraba; tenía las manos juntas como para  
orar o implorar perdón. La princesa Tecla  
estaba en el departamento de la duquesa  
viuda, que se encontraba tendida y como  
aniquilada en uno de los grandes sillones que  
aún conservaban las armas de los Gerold:  
parecía como que no oía lo que la princesa  
Tecla le decía en voz baja.

—Sí, ha existido una terrible conmoción  
moral que ha determinado la hemorragia;  
pero, ¿podía suceder otra cosa? Esa suave  
Claudina es una hipócrita.

—Querida prima—le replicó la duquesa  
viuda,—no olvide usted que en esos casos,  
el hombre es más culpable que la mujer.

—¿Pero por qué está aún aquí? — dijo  
la princesa Tecla, cuya tez amarillenta tor-  
nóse de un color negruzco.

—Mi nuera es la única que tiene derecho  
a mandar aquí.

—Sin duda... pero es muy duro pensar  
que...

—Tiene usted razón; pero hay circuns-  
tancias en las cuales vale más no pensar—  
replicó la duquesa viuda suspirando.

—El barón de Gerold solicita ser recibido por Vuestra Alteza: se trata de un asunto importante—dijo la señora de Bohlen acercándose a la duquesa viuda.

Esta accedió al punto a la petición, y poco después entró Lotario. La princesa Tecla le sonrió afectuosamente, y se levantó.

—¿Se trata de una audiencia privada? —dijo.—Vuestra Alteza me permitirá que la deje.

—La presencia de Vuestra Alteza no me impedirá poner mi súplica a los pies de la señora duquesa—dijo Lotario, — máxime, cuando el motivo que aquí me trae tiene vivo interés para Vuestra Alteza.

La duquesa viuda le dirigió una mirada viva e interrogadora.

—Hable usted, Gerold—le dijo.

La señorita de Bohlen, que, muy a pesar suyo, se retiró, había adivinado en la cansada actitud de la duquesa viuda, siempre tan solícita en recibir y escuchar a las gentes, lo muy penoso que le era en aquella ocasión separar su pensamiento de la situación de su nuera, e hizo su reverencia y bajó los ojos con expresión de pesar y de compasión. No obstante, interiormente sentía franca satisfacción; había desaparecido el temor de que volviera Claudina cerca de la duquesa viuda con el objeto de posesionarse del cargo que ella ejercía interinamente y de verse en el triste caso de regresar a la pobre casa de su padre: la caída de Claudina era completa; jamás podría recuperar el favor de la anciana duquesa: ésta no perdonaría nunca a la que con su coquetería había introducido la discordia en el matrimonio de su hijo. Se sonreía ante aquel pensamiento, y adivinaba para ella un próspero porvenir. ¿Qué le importaban los dolores ni los tormentos de otro? En todos los acontecimientos, no consideraba más que aquello que le concernía. Pensaba que ya no se vería obligada a regresar a la casa paterna para oír discutir a diario la cuestión del céntimo; para limpiarse ella misma los guantes; para oír a la única criada de la casa lamentarse de hambre: ahora se había afianzado sólidamente en el agradable cargo de dama de honor, y "la inol-

vidable Claudina, a quien quiero como a una hija"—según decía la duquesa,—se encontraba descartada para siempre. Verdad que no había porqué compadecerla: había encontrado un protector todopoderoso. Dicho pensamiento hizo poner colorada a la señorita de Bohlen. De buena gana hubiera cambiado su situación por la de Claudina.

En el departamento de la anciana duquesa todo seguía tranquilo: una o dos veces, únicamente, se había oído la voz del barón Lotario, al hablar sin duda más alto... De pronto se oyó la risa aguda y estridente de la princesa Tecla y apareció ésta ante la señorita de Bohlen.

—¡La princesa Elena!—dijo con acento imperioso.—Búsquela.

Las varillas del abanico crujieron; tanto le temblaba de emoción la mano.

La señorita de Bohlen se apresuró a cumplir la orden que acababa de recibir. La princesa Elena acudió al llamamiento de su madre.

—Vámonos a Maisonneuve. ¡Dónde está la condesa! — exclamó la princesa Tecla en cuanto divisó a su hija.

—¡Gran Dios, mamá! ¿qué ha ocurrido?

—¡Vámonos!

—No, mamá, querida mamá; déjame aquí: no podría resistir la angustia de irme de aquí en estos momentos, y de encontrarme en Maissonneuve cuando el peligro es aquí tan grande.

—¿Quién te dice que te vas a quedar en Maisonneuve? Esta misma tarde nos vamos en el tren rápido.

—No, yo no me puedo marchar... No te empeñes, mamá: me escaparía en la primera estación. No puedo dejar esta casa.

La cólera de la vieja princesa llegó al paroxismo: asió con su mano descarnada el brazo de su hija, y...

—¡Ven te digo! — exclamó; ya no tenemos nada que hacer aquí.

Pero su hija se desprendió rápidamente y desapareció por el corredor: fué imposible dar con ella. La princesa Tecla tuvo que resignarse a partir sin su hija, en compañía de la condesa de Moorsleben: delante iba el coche que conducía a Beata y a las niñas:

el gorjeo de su nieta llegaba a los oídos de la princesa Tecla.

La condesa de Moorsleben no tenía ya paciencia para aguantar más, según dijo a la señora de Berg, a la que encontró poco después: nada podría pintar, según dijo, la cólera, la dureza ni el mal humor agresivo de la princesa Tecla, y si tuviera que sufrir con frecuencia semejante tratamiento, preferiría presentar su dimisión.

—Porque, en fin—decía,—¿qué culpa tengo yo de que la duquesa haya tenido un vómito de sangre?

La señora de Berg, que la había estado escuchando con la sonrisa en los labios, palideció repentinamente.

—¿Una hemorragia? — preguntó.

—Sí, y de las más peligrosas. Acaban de telegrafiar a una de las mayores celebridades médicas.

—¿Y la princesa Elena?

—Se ha negado a venir: ha dicho que no abandonará el umbral de la habitación de la enferma.

—¿Dónde está el barón?

—En las habitaciones de la duquesa viuda; por lo menos estaba hablando con la duquesa cuando nosotros hemos venido. La Bohlen dijo que había solicitado una audiencia.

—Bien, ¿y la señorita de Gerold?

La condesa se encogió de hombros y dijo:

—Su nombre corre de boca en boca... A la verdad que me causa lástima. Todo el mundo compadece a la duquesa, que sufre por la indiferencia de su marido: a juzgar por las apariencias, el mismo duque parece dispuesto a pegarle fuego al mundo por sus cuatro costados.

—¡Dios mío!—exclamó la señora de Berg levantando los ojos al cielo,—esa desgracia era inevitable: el escándalo no permanece nunca oculto e impune. Pero, en fin, ¿qué hace ella en aquel safarrancho? ¿Se ha ido al refugio a la casa de los Mochuelos para tratar de ver desde allí la silueta del castillo de Altenstein, o bien, viéndose perdida, se ha ido a arrojar de cabeza en el estanque?

En aquel momento la fisonomía de la se-

ñora de Berg expresaba intensamente un júbilo rencoroso y salvaje:

La señora de Moorsleben, a pesar de su frivolidad, quedó sorprendida de aquella fealdad moral que se revelaba sin disfraz alguno. Súbitamente se acordó de que la señora de Berg no era de aquellas a quienes les está permitido arrojar la primera piedra...

—Señora—le dijo encolerizada,—¿sabría decirme usted de quién es este pensamiento? "El que tiene de vidrio su tejado no debe tirar piedras al ajeno".

—Le he preguntado a usted, condesa—dijo la señora de Berg sin dejar de sonreír, en dónde se encuentra la señorita de Gerold, después de haber sufrido esa ruidosa desgracia.

—¿Desgracia?... No la comprendo a usted—contestó la señora de Moorsleben con afectada dulzura. Está usted más enterada que yo. Yo sólo sabría decirle que la señorita de Gerold está sentada a la cabecera del lecho de la duquesa.

La señora de Berg lanzó un suspiro, que, más que tal, parecía un relincho, y se dirigió con precipitación a las habitaciones de la princesa Tecla, en donde se oía un inusitado alboroto.

## XXI

Todo el castillo de Altstein permanecía silencio: la augusta enferma había logrado por fin conciliar el sueño.

El barón de Gerold permanecía en la habitación del bondadoso señor de Rinkleben, a quien había pedido hospitalidad, para estar el corriente de lo que ocurriera.

Trató de fumar, y dejó que se le apagara el cigarro; quiso leer, y no volvió hoja alguna del libro que tenía en la mano. Cruel zozobra arrugaba su frente, y la inquietud le hacía dar frecuentes paseos por la habitación.

El secretario particular de Su Alteza se había encerrado en su cuarto para ocultar en él su mal humor. Cuando aquella mañana llevó al gabinete de trabajo del duque un informe perfectamente hecho en que se demostraba la necesidad de hacer en el pala-

cio ducal obras de consideración, por las cuales los contatistas le habían ofrecido a él, a Palmer, no ser ingratos si obtenían el encargo de hacerlas, el duque lo recibió con seriedad y le enseñó una carta de uno de sus primos, el príncipe Leopoldo, carta confidencial en la que hacía saber al duque que la casa C. Schmidt de R. . . ., no había podido conseguir en tres años el pago de los suministros hechos a la corte; que sus reclamaciones caían en el vacío y que en una carta más apremiante le habían contestado que serían despedidos los proveedores que fueran demasiado impacientes. El señor de Palmer manifestó al duque sonriendo, que en dicho asunto había habido una mala interpretación, y que le era preciso estudiarlo con cuidado, porque las facturas anunciaban libramientos que no habían sido hechos. Pero el duque había permanecido impasible y acabó por dar órdenes perentorias para pagar lo que se debiera.

Aquello era de todo punto desagradable. ¿Es que aquellos negociantes no podían esperar . . . por lo menos hasta el momento en que Palmer, puestos en orden sus asuntos, hubiera levantado el vuelo? En fin, era por lo menos consolador tener a la Berg por confidente y por socio. ¡Qué brillantemente había llevado la campaña, cuyos resultados iban a coger, y cómo había conseguido descartar a Claudina! ¡Hasta la vieja duquesa, su sempiterna protectora, la había rechazado lejos de sí! Jamás se atrevería el duque a infringir el decreto de su Madre.

Los últimos rayos del sol poniente pasaban a través de las grandes ventanas y venían a dar en el lecho de la duquesa.

—¡Claudina!—murmuró ésta despertándose de su corto sueño.

—¿Cómo te encuentras, Isabel?

La joven, que permanecía inmóvil y presa de los más penosos pensamientos, se levantó al punto y fué a arrodillarse al lecho.

—¡Oh! Mejor, mucho mejor . . ., conozco que se aproxima el fin.

—¿Isabel, te lo pido por Dios, no hables así!

—¿Hay aquí alguien que pueda escucharnos?

—No, Isabel, estamos absolutamente solas.

—Por qué no tienes confianza en mí?—dijo con acento de inmensa tristeza la enferma, después de una larga pausa.—¿Por qué no me lo dices francamente todo?

—Isabel, nunca te he ocultado nada.

—No mientas, Claudina—exclamó la duquesa con vivacidad. No se debe nunca mentir a una moribunda.

—Claudina levantó la cabeza con altivez.

—Yo no te he mentado, Isabel.

—Por los labios descoloridos de la duquesa vagó una sonrisa.

—Tú me has mentado siempre—replicó la duquesa con firmeza y frialdad,—porque tú quieres a mi marido.

La interrumpió un grito. Claudina se tapó la cara con las manos, presa de la mayor desesperación. Todo lo que temía, había ocurrido: el temor que la embargaba hacía tiempo, se había realizado. . . ¡Y era su amiga, la que tiernamente la quería, la que había pronunciado aquellas palabras espantosas!

—No te hago reconvencción alguna—dijo la duquesa,—sólo quiero que me prometas que después de mi muerte. . .

—¡Dios de justicia!—exclamó Claudina hincándose de un salto salvaje.—¿Quién ha podido hacer nacer en tí tan infame sospecha?

—¡Di más bien certidumbre. . .! Sí; lo sé todo él te quiere—murmuró,—¡ah!, es muy natural.

—No, no—exclamó Claudina retorciéndose las manos.

—Cállate y no mientas: hablemos tranquilamente: esto no será largo.

—¡Isabel, por Dios, créeme, fíate en mí!—Dijo la joven llorando.

La enferma se incorporó con trabajo.

—¿Puedes jurarme—le dijo con calma,—puedes jurarme que entre el duque y tú no ha mediado nunca una palabra de amor? Júralo por la memoria de tu santa madre; jurámelo al verme en mi lecho de muerte, y si me lo juras, te creeré. . ., recusaré has-

ta el testimonio de mis ojos.

Claudina permaneció inmóvil: sus labios quisieron pronunciar algunas palabras, pero el esfuerzo resultó vano, y dejó caer la cabeza sobre el pecho.

La duquesa volvió a reclinarse en los almohadones.

—No tienes valor para eso—dijo en voz baja.

—Isabel — exclamó Claudina, — créeme... créeme... ¡Dios mío! ¿Qué es lo que podré hacer para convencerte de que estás en un error?

—Cállate—le dijo la duquesa sonriendo desdeñosamente.

Acababa de entrar el duque.

—¿Cómo te encuentras, Liza? — le preguntó inclinándose afectuosamente hacia ella para separar de su frente sus húmedos cabellos.

—No me toques—exclamó,—pronto habrá concluido todo.

—Claudina se apoyaba inerte contra la puerta: el duque se acercó a ella y le preguntó en voz baja:

—¿Delirita?

Claudina comprimió un grito que le subía a la garganta y se marchó a la cámara contigua: el duque salió detrás de ella.

—¿Qué ha pasado?—preguntó con ansiedad.

La mirada de la enferma se fijó en la puerta por la cual habían desaparecido ambos, y la amargura que llenaba su alma se desbordó en aquella mirada elocuente. ¡Cómo!... ¿Ni siquiera podían contenerse las pocas horas que a ella le quedaban de vida? ¿Y ella había soportado con tanto valor su sacrificio, que quería exigirles la promesa de que se casaran cuando ya no existiera, lo cual constituía su venganza, la única que quería tomar?

Y ella... ¡Ella! ¡Cuánta bajeza había en aquella alma!... ¿No hacía un instante que invocaba a Dios en testimonio de su inocencia?

La fiebre se apoderaba de su cabeza con su cortejo de alucinaciones: su marido volvió pronto a su lado y la examinó con amargura. Claudina volvió a entrar también lle-

vando un vaso.

—Anda, Isabel, bebe—le repitió con acento suplicante.

—Oyóse un grito agudo y el vaso fué rechazado sobre la mano de Claudina.

—¡El veneno! — prorumpió la duquesa incorporándose y con los ojos agrandados por el terror.—¡Veneno! ¡Socorro!... ¿Es que creéis los dos que esto durará mucho tiempo?

Volvió a caer de espaldas, y se produjo otro vómito de sangre...

Claudina, que había caído de rodillas, se levantó al punto. También parecía estar loca. Se dominó con fuerza sobrehumana, tocó el timbre, incorporó a la enferma, y la apoyó contra el pecho del duque a quien el dolor agobiaba.

La enferma permaneció inerte y con los ojos cerrados, Acudieron en seguida de todas partes. El médico examinaba con inquietud a la duquesa: después sacó el reloj.

—El profesor llegará tal vez aquí a las nueve—dijo en voz baja a la duquesa viuda, después de haber consultado el pulso de la enferma, cada vez más débil;—pero, de aquí hasta entonces... tranquilidad, mucha tranquilidad. Yo permaneceré en la habitación contigua, con el fin de que mi presencia no sea para ella objeto de preocupación.

—¡Claudina!—murmuró la duquesa.— ¡Claudina!

La duquesa viuda buscó en torno suyo a la joven; ésta había desaparecido. En su deseo de complacer a su nuera, salió ella misma en busca de Claudina e hizo que le indicaran su habitación; pero la puerta estaba cerrada, y no se oía dentro ningún ruido: la joven, sin embargo, se había refugiado en ella, exánime. ¡A tal extremo había llegado... a tal extremo! ¡El mundo la consideraba como una mujer sin honor, y la que había sido para ella la mejor de las amigas se moría en la convicción de que le había arrebatado la ternura de su esposo!

La calumnia se cebaba en ella con refinada crueldad, desgarrándole el corazón con sus afiladas uñas.

¿Quién podía salvarla? El duque; pero era imposible que el duque interviniera en ello: su protección hubiera sido una prueba más en contra suya: todos hubieran aparentado creer en sus palabras, y todos se hubieran reído perversamente de ellas. ¡Dios de justicia! ¿Qué había hecho para excitar tanta animosidad en contra suya?

¡Si al menos pudiese escapar por medio de la muerte a las angustias que la torturaban!... Allí, en el fondo del parque, había un estanque, que ella conocía bien y que la atraía en aquel momento con fuerza magnética. ¡Había allí tanta frescura y tanta paz! Y más tarde, cuando extrajesen del fondo de las aguas su cadáver los mismos calumniadores exclamarían: "Aún conservaba esa joven algo del sentimiento del honor; no se ha resignado a vivir en la vergüenza..." Y no quedaría sobre la tierra más que un ser, uno solo, que exclamara: "¡Querida y pura hermana mía!, mi fe en tí es inquebrantable".

Allá, en Maisonneuve, una joven apoyaría su lindo y moreno rostro en el hombro de su prometido, y diría: "¿Qué me importa, Lotario, que aquella intrigante haya echado una mancha sobre el apellido que usted lleva?"

Sonaron algunos golpes a la puerta.

—Señorita de Gerold—dijo la atiplada voz de la señorita de Bohlen,—la duquesa viuda la espera a usted.

Se levantó maquinalmente, sin fijarse en que sus cabellos, deshechos, flotaban por su espalda, ni en que sólo tenía puesto un peinador, y se trasladó al departamento de la duquesa viuda, en el que aún no habían encendido las luces: la luna trazaba sobre la alfombra dos rayas luminosas.

—¡Claudina!—dijo la duquesa con acento dulce.

Acercóse a la ventana junto a la cual estaba la duquesa y se inclinó.

—Siéntese usted, Claudina.

Esta no hizo movimiento alguno para obedecer a la invitación.

—La duquesa se muere—dijo la joven con voz triste y enronquecida.

—Es la voluntad de Dios.

—¡Y por mí!, ¡por causa mía!—murmuró la joven.

La anciana duquesa guardó silencio por un momento; luego dijo a Claudina.

—Tengo que comunicarle a usted una petición, petición extraña en este instante en que el ángel de la muerte llama a la puerta de nuestra casa; pero el que me ha elegido como intermediaria desea que yo cumpla "inmediatamente" la misión que me ha confiado. El barón de Gerold suplica a usted, Claudina, que reemplace junto a su hija a la madre que ésta no ha conocido, y junto a él, a la esposa que ha perdido.

—¡Alteza!—exclamó Claudina retrocediendo hasta apoyarse en una consola.—Yo no puedo ahora aceptar semejante sacrificio.

—¡Cómo usted quiera!—dijo con severidad la anciana duquesa.—Ha tenido usted en su mano la posibilidad de destruir todas las acusaciones, de reducir al silencio todas las malevolencias, y ha tenido usted en su mano, igualmente, la paz de las últimas horas de una vida que va a extinguirse y que, por lo menos, hubiera tenido fin sin llevarse de este mundo una sospecha desgarradora.

—¡Alteza!

—¡Desventurada hija mía!—dijo la duquesa suspirando.

—¡Alteza..., daría mi vida por ella..., por la duquesa.

—¡La vida!... Eso es muy fácil de decir, Claudina.

—¡Oh! ¡Cuánto daría yo por poder demostrar que son sinceras mis palabras!—exclamó la joven acercándose, con las manos juntas, al sillón que ocupaba la duquesa viuda.

Al acercarse, quedó directamente bajo los rayos de la luna, y podían verse, a la pálida claridad de ellos, los ojos apagados y el semblante convulso de la joven.

La anciana señora, conmovida de aquella angustia que veía, dijo con acento bondadoso:

—¡Pobre Claudina!...

—¿Cree en verdad, Vuestra Alteza—dijo con voz casi extinta la joven,—cree

que yo... soy una mujer culpable?

—No, hija mía, porque, en ese caso, el barón de Gerold no le ofrecería a usted su mano.

—¿Por eso, nada más?—dijo la joven avanzando dos pasos.

—Me ha sido muy penoso dar oídos a la murmuración,—dijo la duquesa;—pero, hija mía, tengo la experiencia de la vida, conozco a mi hijo y sé el imperio que ha ejercido siempre sobre las pobres mujeres en quienes ha puesto sus miradas... Y tú, tú lo habías conocido tan bien, que habías huído del lado suyo... ¡Ah! Yo te adiviné y aprobé tu conducta... Te vuelvo a encontrar aquí junto a él. Imprudente... o desgraciada. Creo que en verdad, tú no has sido más que la amiga de mi nuera, pero has jugado con el fuego; has medido tus armas con un poder formidable; tu orgullo te ha inducido a creer que las apariencias importan poco cuando las desmiente la realidad y has comprometido tu reputación. Créeme: no desdeñes la mano que te tienden; nadie se atreverá a pensar nunca que Lotario de Gerold ha dado su nombre a una mujer que no fuese digna de semejante honor, y mi hijo, no se atreverá a poner nunca sus ojos en la mujer de Lotario.

—Me encuentro incapaz de tomar una resolución.

—Pues es preciso que por un esfuerzo de voluntad te repongas y la tomes. Lotario espera batallando entre la duda y la esperanza.

—¡La esperanza!...; pero, Alteza, ¡si el barón no me quiere! ¡Si es un sacrificio que hace al honor de nuestro nombre!... No, yo no puedo aceptar ese sacrificio... Tenga Vuestra Alteza piedad de mí.

—¡Pues bien!—exclamó la duquesa con voz irritada.—Sacrifique usted también su orgullo. ¿No merece el honor de usted ese sacrificio?... ¿No merece también ese sacrificio la pobre mártir que lucha con la muerte allá en su habitación?

Por el torturado cerebro de Claudina cruzó un pensamiento.

—Alteza—murmuró, quisiera... quiero hablar con el barón de Gerold.

La anciana duquesa se apiadó de la joven: llenó de agua un vaso y se lo dió, diciéndole:

—Cálmate antes un poco: después lo mandaré a llamar—y la hizo sentar en una silla.

—¡El señor doctor en Medicina!—dijo la señorita de Bohlen entrando en la estancia, seguida del médico.

—Perdóneme Vuestra Alteza la indiscreción que cometo presentándome aquí sin haber sido llamado; pero he considerado un deber ineludible prevenirla que la enferma se encuentra en gravísimo peligro: las dos hemorragias que se han producido en ella la han aniquilado completamente. El profesor señor Thalheim, que acaba de llegar, aconseja una transfusión de sangre: no me opongo a ella, pues en la situación en que nos encontramos, no debe rechazarse medio alguno. El duque, que ha estado presente en la consulta, se ha ofrecido a que le extraigan a él la sangre necesaria; pero como esa operación entraña algún peligro, puesto que puede tener consecuencias que comprometan la vida, nos ha sido preciso negarnos a la generosa proposición del jefe del Estado.

El médico se detuvo: Claudina que se había levantado de un salto tendía una mano hacia él.

—Señor doctor—le dijo,—ruego a usted que me permita ser yo la que...

—¡Usted!—exclamó el anciano mirándola con sorpresa.—¡Oh... sí... mucho convendría!... Venga usted, pues, pero venga de prisa, porque no hay tiempo que perder. Sin embargo, escuche usted, señorita, y reflexione un instante: le advierto a usted que le tendremos que abrir la arteria.

—¡Qué importa eso, mi querido doctor! No hay que tener en cuenta más que una cosa, la vida de la duquesa—y dando al olvido las leyes de la etiqueta, salió del salón precipitadamente, sin pedir siquiera permiso a la duquesa viuda.

Esta se dirigió a la antecámara de la moribunda.

—En nombre del cielo, Adalberto—exclamó la princesa, dirigiéndose a su hijo que

acaba de entrar en aquella estancia.—¿podemos aceptar nosotros que la señorita de Gerold?... La operación es peligrosa y...

El duque miró a su padre con ojos extrañados.

—¿No es verdad, madre—le dijo con acento amargo,—que se necesita valor para arriesgar la vida o cuando menos la salud? Y ese valor, ¿no es de naturaleza distinta del que consiste en lanzar una flecha para herir mortalmente a una pobre mujer, y del de arrastrar por el fango el nombre de una joven honrada?... Pero yo no me puedo oponer a su sacrificio... yo, menos que nadie: no faltaría quien dijese que me cuidaba más de su vida que de la vida de mi mujer.

Una enfermera bajó las cortinas en la cámara de la duquesa: en medio de aquella habitación, Claudina, sola, perfilábase con su blanca vestidura semejante al ángel de la caridad.

—Que no se coagule la sangre, colega—dijo el profesor al médico de la duquesa;—el éxito es seguro.

El duque no oyó aquella recomendación; se había retirado al salón de la duquesa, a aquel salón en el que habíase atrevido a hablarle a Claudina de los sentimientos que le inspiraba, y se paseaba por él presa de la mayor agitación. Hubiera dado entonces muchos años de su existencia por borrar del tiempo aquella hora de amorosa confidencia. ¡Pobre niña!... decía... No había previsto aquellas consecuencias terribles, al dejarse arrastrar por su insana pasión.

—Pero ¿quién—se preguntaba,—quién ha podido calumniar a Claudina ante la duquesa?

Una sola bujía ardía sobre la chimenea, lo mismo que aquella noche cuyo recuerdo no podía apartar de su memoria: sudor frío bañaba su frente.

—¡Una tregua!... ¡Aunque no sea más que un día de lucidez, Dios mío! ¡Qué pueda yo confesárselo todo! ¡Que me perdone! ¡Que no muera en la creencia de que la he engañado!

Evocaba, volvía a vivir, en aquel momento, todos los años de su existencia: su mu-

jer lo había adorado a pesar de sus defectos, a pesar de su frialdad, a pesar de su indiferencia. Ella se había contentado siempre con las menores pruebas de afecto y se mostraba enteramente feliz con una palabra tierna.

El duque apoyó la frente en los vidrios de la ventana y se enjugó furtivamente los ojos. ¿Por qué no iban a darle cuenta del hecho conmovedor que acaecía no lejos de allí?

El castillo en pleno patecía vivir bajo una opresión indescriptible: las lámparas de los corredores no despedían sino un resplandor incierto; en el departamento de los príncipes, el aya y la niña se miraban con tristeza; en el subsuelo, los criados cuchicheaban contándose historias espeluznantes: el ama de llaves había visto a la Dama blanca pasar en un rayo de luna por la gran escalera; subía lentamente escalón tras escalón, encorvada, como debe serlo todo espectro que tiene por misión especial la de anunciar la muerte a un grande de la tierra; ella imitaba su andar, y todos los presentes fijaban en ella sus ojos extraordinariamente abiertos por el espanto.

Todos sabían que se había hecho la última tentativa para salvar a la enferma: el nombre de la señorita de Gerold estaba en todos los labios.

La señora de Berg estaba en el cuarto del señor de Palmer: había sido enviada allí por la princesa Tecla para que la llevara a su hija, y se aprovechaba de aquella circunstancia para visitar a su aliado y amigo, enterarse de lo que ocurría y darle la extraordinaria noticia de que el barón Lotario había rogado a la duquesa viuda, en presencia de la princesa Tecla, que influyera en el ánimo de Claudina para que ésta consintiese en ser su esposa.

La señora de Berg estaba completamente desorientada y decía:

—¡Si al menos tuviera yo a mi princesa segura ya en el coche!... Es capaz de cometer cualquier locura si llega a enterarse de semejante petición.

(Continuará)

## Doña Bettina de Holst

Profundamente conmovida está nuestra sociedad con la muerte de la muy apreciable señora doña Bettina de Holst, persona estimabilísima por sus virtudes.

Doña Bettina fue ejemplo de esposa y de madre, crió a sus cuatro hijos, haciendo de ellos hombres de bien y de trabajo. Hijos modelos que amaban y respetaban a su madre con veneración, porque veían en ella una madre virtuosa, cariñosa y buena.

Buena y sincera amiga, siempre nos recibía con fineza y cuando la enfermedad se veía que minaba su existencia, nos decía, vea cómo me tiene el corazón, y nos afligía verla, pues comprendíamos que aquella madre insustituible para sus apreciables hijos, muy pronto los dejaría en la más profunda tristeza.

Para su bondadoso esposo y para sus hijos enviamos nuestro profundo sentimiento de pesar por tan irreparable pérdida.

## Don Guillermo Montealegre Echeverría

Muy sentida ha sido la muerte del apreciable caballero don Guillermo Montealegre Echeverría, jefe de un hogar modelo. Fue un hombre de trabajo y se dedicó a la agricultura.

Muy querido de sus numerosas amistades, muere joven, dejando en la más profunda tristeza a su virtuosa esposa doña Lucila Morales

de Montealegre y a sus queridos y apreciables hijos.

Enviamos nuestro muy sentido pésame a las muy apreciables familias Morales Montealegre y esperamos que el Corazón de Jesús derramará mucho consuelo a sus corazones.

## La Asociación Católica de Padres de Familia inaugura un nuevo servicio de crítica de películas

El incremento progresivo del "cine", diaria distracción para una enorme masa de público, y que tanta influencia ejerce en la formación de las juventudes, viene constituyendo, desde hace mucho tiempo, una verdadera preocupación para los Padres Católicos de Familia, que, con honda pena, ven cómo va degenerando por momentos el sentido moral de sus hijos, cada vez más pervertido con tanta inmundicia como constantemente se les ofrece en las pantallas.

Por ello, y para encauzar rectamente a las familias, señalándolas el valor material y moral de las producciones que se proyecten, la Asociación Católica de Padres de Familia de Madrid ha organizado con todo cuidado una Sección propia de Crítica Cinematográfica, con ficheros muy detallados, donde todos pueden ir conociendo al día las críticas de las pelícu-

las que se estrenen. Así, pues, desde hoy, todas aquellas personas que deseen orientarse antes de ver una película, o que quieran saber cuál entre las que se proyectan es la más recomendable, pueden dirigirse, bien a dicha Asociación, Manuel Silvela, 9, o llamar al teléfono 47000, destinado para este servicio, de once a doce y de cinco a nueve.

Si el público responde, y los empresarios se convencen de que es negocio para ellos el proyectar películas, interesantes, sí, pero también de un elevado fondo moral, poco a poco se irá regenerando el "cine", y la pantalla llegará a ser lo que su privilegiada posición le obliga, o sea, una escuela de buenas costumbres y de recta formación de la juventud.

(De "El Reinado Social").

# Los buenos modales

Por Elisabeth del Valle

Hay en la juventud moderna una generalizada tendencia a olvidar las prácticas delicadas y suaves que fueron características de otras épocas. La cortesía fina y amable se olvida a menudo, como lastre pesado que es preferible arrojar por la borda para que no obstaculice la marcha. Tanto se ha extendido esta manera de ser, que nos resulta sorprendente encontrar una persona que aún conserve modales distinguidos y graciosos, y la miramos un poco como a un bicho raro...

Muchas jóvenes modernas creen que la manera de ser distinguida y refinada de sus mayores era pura gazmoñería, y como se consideran "naturales" y "emancipadas", hacen gala de su prescindencia de tales antiguallas.

Ya no se estilan los "profesores" de "urbanidad" que antes eran corrientes entre las clases ricas. Y en las escuelas tampoco se dictan clases de educación, en el sentido estricto de esta palabra.

Las muchachas de hoy día, en un crecido número, saben practicar deportes, saben bailar las danzas modernas, todas dislocadas y violentas, pero consideran que eso es inconcebible con la amabilidad graciosa y dulce de aquellas mujeres de pasados tiempos, que parecían, en lo espiritual, verdaderas flores de delicado tallo.

Yo soy joven, y me considero muy de mi tiempo. Pero, más por fruto de mi propia reflexión que por enseñanzas adquiridas, he lle-

gado a pensar que lo que tienen de bueno las horas que corren, no excluye que conservemos lo que tuvieron de bueno las horas que pasaron. Y sobre la base de este primer concepto opino que las buenas y afables maneras de otrora figuran entre lo que debe mantenerse y guardarse.

Porque lo grave del caso es que la falta de cortesía y fineza de las mujeres determina, por natural reacción, la falta de cortesía y fineza de los hombres para con ellas. Y no por propósito de deliberada venganza, sino por una impulsión espontánea del espíritu, que los lleva a tratar como "compañeros", y no como niñas, a quienes así se presentan ante ellos.

Y no menos grave es el hecho de que la falta de fineza espiritual acaba por traducirse, tarde o temprano, en una correlativa falta de fineza y delicadeza en el orden material y corpóreo. De la manera de ser campechana y hombruna, se pasa, sin advertir el tránsito, a los gestos y las actitudes campechanas y hombrunas. Y así vemos muchachas que caminan balanceando los brazos, como si estuvieran en la cancha de tennis; que se sientan en posiciones raras, con el pretexto de que son cómodas, como si no hubiera posiciones cómodas y al mismo tiempo discretas y agradables; que hacen, en fin, una serie de cosas que horrorizarían a nuestras abuelas.

Es verdad que estos defectos se han extendido tanto que han acabado por dejar de

## EL SIGLO NUEVO

Tiene el mejor y más variado surtido de Abrigos para Señoras y Señoritas, que vende a  
 ₡ 44.00 y ₡ 48.00 cada uno

Para LA PRIMERA COMUNION tenemos un gran surtido de Crespones de seda a ₡ 3.00 y  
 ₡ 3.50 la yarda. Calcetines, guantes y tul de seda blanco

Para obsequios de Navidad, vendemos a precios muy baratos, juegos de té, de café, y de  
 postres, en loza, porcelana y cristal

En cobijas de Lana, "EL SIGLO" tiene la más variada existencia que hay en plaza. Antes  
 de comprar, rogamos al público que vea nuestro surtido

Los casimires de "EL SIGLO", son los mejores porque son ingleses y no se encogen. Tenemos un gran surtido

HERRERO VITORIA HNOS.

herir la sensibilidad de quienes los observan. Las que primero incurrieron en ellos sufrieron las críticas. Pero después, otras las imitaron, quién sabe por qué razones, y luego otras, y otras más, hasta llegar a ser la mayoría. Por eso, ahora no parecen disonantes.

Pero lo son en sí mismos, y ello se advierte en cuanto se medita un poco. ¿De qué valdría ser mujer, considerarse capaz de ser la inspiradora, el ideal, la musa de alguien, si el ser mujer consistiera en ser idéntica al hombre, en lo bueno y en lo malo de los hombres?

Y, por lo mismo que estas censurables prácticas se han difundido tanto, he ahí una razón más para librarse de ellas, o para no caer en ellas. ¿Puede ser satisfactorio para una

mujer que tenga el orgullo de serlo el saberse igual al montón? ¡Al contrario! Es muy posible que las que primeramente adoptaron las costumbres que motivan mi censura lo hayan hecho con la idea de que así se distinguían de las demás. Elegían un medio poco recomendable, ciertamente, pero el propósito era, sin duda alguna, muy femenino. Pues bien: por espíritu de feminidad, por sentimiento de feminidad, y para distinguirse del montón, las jóvenes que se estimen deberían proceder ahora a la inversa, y volver a las buenas y delicadas maneras que caracterizaron a las mujeres verdaderamente refinadas de pasados tiempos.

(De "Para Tí").

## ¡Miremos alto...!

Cuando viene a mi memoria el hecho referido en la historia que nos enseña que los salvajes cambiaban por trozos de vidrio las pepitas de oro, no puedo por menos de considerar la fatuidad de las personas que toman como norte de todos sus actos las alabanzas de sus semejantes. ¿No son por ventura estas alabanzas cosas extrañas a nosotras mismas, comparables a los adornos que embellecen el vestido, sin que puedan añadir nada a las perfecciones del alma?

Cierto día, un labrador, apesadumbrado por la pertinaz sequía que agosta sus campos, ve asomarse por el horizonte un denso nublado, que le hace presentir la proximidad de la lluvia benéfica. Pero... pronto se desvanece su alegría, como el nublado al impulso del impetuoso viento, que barre las nubes arrastrándolas en vestiginosa carrera. Lo mismo les sucede a quienes después de ejecutar sus obras esperan las alabanzas humanas, sin tener presente que el mundo, el público, que es siempre descontentadizo, se ocupa con frecuencia en separar el lodo de las imperfecciones para lanzarlo mañana sobre el rostro que hoy contempla radiante de hermosura. Por el contrario, lectoras, yo os aviso, que cuando lleguen a vuestros oídos los rumores de las alabanzas y los ecos de los aplausos, os preparéis para resistir los golpes

de la persecución, de la desgracia o del desprecio.

No quiero decir con esto que rechacemos estas alabanzas, pues no ignoro que constituyen el estímulo para continuar en la práctica del bien, el acicate que pone en actividad la voluntad, la corona de laurel que los hombres de buena voluntad colocan sobre nuestra frente. Trato únicamente de preveniros contra la idea, que con facilidad se apodera de las mujeres sobre todo, que consiste en inducirnos a obrar el bien mirando sólo al efecto que produce en las demás. No son las palabras huecas la recompensa a que debemos aspirar, sino el testimonio de la buena conciencia.

¡Qué cambiado se encontraría el mundo si practicáramos todas el bien, no con los ojos puestos en la recompensa, sino movidas por la razón suprema del cumplimiento de un deber impuesto por el Creador!

Advierto que no hay causa para rechazar las felicitaciones sinceras, ni debemos querer que nuestro nombre desmerezca en lo más mínimo; mas hemos de saber que la buena reputación, si ha de ser consistente, no la debemos fundamentar en la opinión de las demás, sino en la sinceridad de las palabras, en la consecuencia de los actos, en la laboriosidad y afabilidad, en el espíritu caritativo y amoldando

la conducta a la racional moderación. ¿No os habéis sentido sobrecogidos ante la presencia de una persona dotada de esas bellas cualidades morales? Parece que de todo su cuerpo emana un como perfume espiritual y nuestra alma la presiente aureolada con la luz tenue y dulce de la inmortalidad. Y es que el bien obrar, sólo por dar satisfacción a la conciencia siguiendo la ley eterna del cumplimiento del

deber, nos espiritualiza, elevándonos sobre el nivel de este mundo, en el que quedan, en cambio, como pegadas las almas que se satisfacen exclusivamente con los aplausos, alabanzas y lisonjas, lastre que les impide remontarse a las más altas esferas.

(De "Para Tí").

## El caminito de rosas

Muchos escritores sostienen que la mujer ha nacido para andar por un caminito de rosas, para ser atendida y cuidada, para ser mimada... y hasta se me podría acusar a mí también de haber sostenido opiniones en ese sentido; pero las mujeres no han nacido todas en la "sociedad"; los millonarios son muy pocos, y la gente a quien se puede llamar rica no representa, en resumidas cuentas, más que una pequeñísima minoría en toda la comunidad.

El caminito de rosas sólo puede existir para las menos, y por otra parte, hay mujeres

cuyo objetivo en la vida no es el ser mimadas; hasta hay quienes no quieren absolutamente ser mimadas.

Y puede ser también que se aproxime el momento en que la mujer que se gana valientemente la vida sea considerada, no sólo muy digna de respeto, como lo es ahora, sino también muy digna de envidia, por parte de las mujeres frívolas.

Max O'Rell

(De "Para Tí").

## Consejos útiles

Volviendo al asunto de la gripe, daremos una buena receta para prevenirse de ella. Esa receta es la que detallamos a continuación:

	gramos
Tintura de canela . . . . .	5
Infusión de té . . . . .	75
Jarabe de zumo de limón . . . . .	75
Ron de Jamaica . . . . .	40

Cada cuatro horas debe tomarse una cucharada, de las de sopa, de este preparado,

que está, considerado como uno de los mejores tónicos, por ser diurético y estimulante a la vez.

De todas las consideraciones que acabamos de hacer en esta sección se desprende, para el menos avisado, que el deber esencial de toda madre, hoy, es preservar a sus hijos pequeños de cualquiera de estas enfermedades invernales, tan dañinas y tan difundidas en esta época.

## Consejos a la juventud

En un cuadro mural de los albergues de la "Unión de albergues juveniles alemanes", se leen los siguientes consejos, que recomendamos a nuestras juventudes americanas:

"En vuestros viajes pensad en la seriedad del tiempo y evitad todo lo llamativo en la conducta y en la ropa. Evitad el alcohol y el tabaco. Renunciad alegremente a todo lo innecesario...

Sean decentes vuestras canciones, pero suprimidlas, así como dé algazara, cuando puedan molestar a los demás. Es preciso que vuestra conducta os granjee amor y respeto.

Respetad los campos y praderas, los bosques y los arbustos, pues es sagrada la tierra y todo lo que sustenta.

## Piedrecitas del camino

El siguiente artículo lo ha enviado, para su reproducción, desde la ciudad de San Juan de Puerto Rico, donde reside, la señora Isabel Arjona de Fernández Fuster, y dedica esa reproducción a sus condiscípulas del Colegio de San José:

Hay dos sitios en donde se refugia mi espíritu cuando se siente abatido, incierto, confundido y desalentado; el Templo de Dios y el trabajo.

\* \* \*

Hay distintas sensaciones de soledad y desamparo, pero cuando verdaderamente nos encontramos solos y tristes, es, cuando no sentimos en nuestro corazón la Gracia infinita de Dios. Que nos abandonen aquí en la tierra los afectos mundanos, nada serio significa, pero, ¡qué vacío, qué desolación, cuando al corazón no lo sustenta esta fuerza poderosa llamada Gracia Divina!

\* \* \*

Aun los más creyentes tienen momentos amargos de esta naturaleza; ya que por sus actuaciones presentes, ya por sus deudas pasadas, la prueba es a menudo difícil y el castigo mayor, es no poder sentir la fuerza consoladora de la fe en Cristo que alienta, y como poderoso lazarillo, nos lleva de la mano por los caminos de paz y serenidad...

Esos estados del alma, áridos y torturantes, son pasajeros. Dios en su bondad infinita no somete por largo tiempo a semejante crueldad a sus hijos, por pecadores que éstos sean.

\* \* \*

Qué estás escogiendo en la vida, ingenua

criatura? A veces hay seres inocentes, que pasan toda su existencia escogiendo, "esto" que les gusta; "aquello" que les conviene; repudiando lo que no agrada, y en resumen, en lucha constante, sin resultado alguno. Se necesita más valor para vivir la vida que para afrontar la muerte. Cuando entramos de lleno en el camino, guiados por una razón equilibrada, debemos recordarnos del noble ejemplo de don Pedro Crespo, el Alcalde de Zalamea; trazar una línea recta desde la cuna hasta la tumba y caminar por ella valerosamente. No importa que a nuestro paso broten las espinas y sangren nuestras plantas; no importa que sean rosas las que a veces perfumen el ambiente y ablanden con sus pétalos la senda ruda... Caminar, caminar por la línea recta valerosamente, sin ceder a las amarguras y sin debilitarnos con el ensueño.

\* \* \*

Cultivemos el amor a la Naturaleza; admiremos todas esas bellezas puras, suaves y serenas que nos rodean. Amemos la luz del sol; seamos amigos de las lejanas estrellas; bañémonos dulcemente en la transparencia de las noches lunadas; admiremos las altivas cumbres que desafían el firmamento; aspiremos el perfume de las flores, porque, quien no puede apreciar estos grandes dones, que el Creador dispensa al espíritu humano, sucumbe, en el estado más cruel que la criatura puede experimentar: desolación.

\* \* \*

Muchas penas afligen constantemente al corazón humano. Penas, que nuestro tempe-

**Importación Exclusiva  
de CASIMIRES  
y Materiales Ingleses  
para la Alta  
Confeción de Trajes**



**Especialidad en Vestidos de Etiqueta - ELEGANCIA Y DISTINCION  
Artículos para Caballeros de la Mejor Calidad**

75 varas Oeste del Morazán

ramento impresionable aumenta considerablemente. ¡Somos tan débiles para sufrir! ¡Estamos tan poco preparados para las naturales contrariedades de la vida, que a veces una insignificancia nos entristece por muchos días! En el caudal de experiencia que la vida va dejando en mi corazón, voy aprendiendo a analizar serenamente los miles de contratiempos que surgen a nuestro paso. Cuando almas juveniles, atolondradas, sin apreciar la gran responsabilidad que la vida va dejando sobre sus hombros, y el tacto que se necesita para vivir, acuden afligidas a contarme sus penas, y a llorar sus desalientos, las primeras preguntas que les lanzo, son: Está tu mamá enferma de cuidado? Has tenido alguna noticia de la muerte de un sér quedido? No?... Pues, levanta tu espíritu y afronta valerosamente los

demás contratiempos. No te dejes abatir por ellos, y al cabo de algún tiempo comprenderás que todos esos sufrimientos que van pasando por el alma, son la mejor escuela y el mejor crisol del espíritu humano. ¡Sólo la muerte es horrible e irremediable!

\* \* \*

Fatalista? Y qué uso le das a ese dón maravilloso que Dios puso en tu sér? A ese destello purísimo del Poder Divino, la inteligencia? Bien que creamos que hay ciertas pruebas ineludibles que no podemos evitar, pero, también, es cierto que la razón nos hace distinguir los caminos, y eres tú, criatura, la que debes escoger cuál vas a seguir de ellos. Recuerda, que de la elección de esos caminos dependen muchas cosas en la vida.

(De "Acción Católica", Panamá).

## El Jesuita obrero

Han pasado años y no se mustian las flores en el sepulcro del jesuita mártir...

Parece ayer.

Cayó el Nerón, domina con su férula el desgraciado pueblo mejicano.

La persecución es recia, durísima.

El dolor enluta muchos rostros; el miedo hace temblar hasta los más fuertes.

Hay un jesuita joven, héroe con otros muchos héroes de los que han hecho reverdecer en Méjico los antiguos laureles del cristianismo.

Es el P. Pró. Alegre y comunicativo.

Parece un trasunto de aquel Javier que tanta gloria dió a su Orden.

Las cárceles están rebosantes de católicos. Como en las catacumbas allí hay misas. El héroe se ha deslizado sigilosamente; alguien ha adivinado la sombra ligera del jesuita.

Gente armada vigila las puertas de los moribundos para que no entre el Viático... Siempre hay sorpresa... Se ha deslizado ligera sombra...

Socialistas, comunistas, teósofos, protestantes, se convierten.

Confesiones y comuniones hasta caer dos veces desmayado...

La policía le busca.

Pero él se disfraza de mecánico, de estudiante; muda cada día de casa; pero... no huye.

Un agente le detiene; mas él le habla, le convierte, y le suelta.

La alegría, su alegría no se nubla nunca. Como un rayo de sol aparece en cada sitio donde hay atribulados.

Los obreros sufren moral y materialmente en la gran persecución.

Todo setá trastornado. La materia y el espíritu.

El jesuita español pide limosna y sostiene él solo a más de cien familias.

Para el espíritu da tandas de ejercicios a sus obreros predilectos. En la noche oscura, a la luz de un candil los va evangelizando y sosteniendo en la fe.

El asedio de la policía es cada vez más estrecho: ya se le llama y se le conoce por el "jesuita obrero".

Hay que cazarlo a toda costa. Le advierte la gente.

—"Es necesaria sangre sacerdotal para la salvación de Méjico", exclama el P. Pró.

Se iba acercando la hora.

El déspota acosa a sus sabuesos.

Por fin un día de otoño se apodera de él la policía.

El tirano sonríe satisfecho.

Se le mete en un calabozo; se le incomunica rigurosamente.

Ni pruebas, ni tribunales. Los tiranos no necesitan ni siquiera la honestidad de vestir con un proceso la injusticia.

Del calabozo al suplicio.

La tierra mejicana va a recibir la sangre ofrecida por su salvación.

Se arrodilla, se santigua, ora brevísimamente y exclama:

—“Que Dios os bendiga. Perdono de todo corazón a mis enemigos”.

Se levanta y en pie bendice a sus verdugos.

Abre los brazos en cruz y grita.—¡Viva Cristo Rey!

Suena la descarga y cae exánime.

A los 37 años, el “jesuita obrero” da su sangre por Jesucristo, para la salvación del

pueblo mejicano.

\* \* \*

Piden su cuerpo para ser enterrado. La muchedumbre, principalmente y los obreros desfilan ante él.

Sacerdotes disfrazados llevan su féretro. La multitud se arrodilla a su paso. Más de 20,000 personas siguen el entierro. Primero rezan, luego cantan...

Aquello suena ya a marcha triunfal de la fe.

El pueblo mártir aclama a su mártir...

\* \* \*

Continúa viva la memoria del jesuita mártir, en el pueblo sufrido de Méjico y se va extendiendo el olor de su santidad a todas las regiones del mundo.

Es el mártir moderno de la martirizada Compañía de Jesús.

A. H.

19 Dic. 1935.

(De “Acción Católica”, Panamá).

## Recetas de cocina, prácticas para temporada

(A cargo de doña Digna Casal de Solari)

*Pedidas por una distinguida suscritora.*

### PAN AL MINUTO

2 tazas de harina

2 cucharaditas de royal

Medio vaso de manteca

Sal, leche fría.

Se cierne la harina con el royal, se le agrega la manteca y la sal, se mezcla con una cuchara, se le agrega la leche en cantidad suficiente que forme una pasta que se pueda amasar; se pone en la tabla de amasar untada de harina, se extiende con el bolillo o con una botella grande, que quede gruesa como de un centímetro, se corta con un vaso en rueditas y se colocan en cazolejas untadas de manteca separadas unas de otras porque crecen mucho. Se asan en el horno caliente con calor regular. Se comen calientes con mantequilla.

### PAN BATIDO

Dos tazas de harina

3 cucharaditas de royal

1 taza no muy llena de leche

4 huevos

1 taza de azúcar

1 cucharada grande de mantequilla

1 cucharada grande de manteca de cerdo

1 cucharadita de anís en semillas.

Se mezcla la harina con el royal y se pasan por el cernidor; en una fuente se baten con una cuchara de madera la mantequilla y la manteca durante 10 minutos; enseguida se agrega el azúcar y se bate 10 minutos más, se agrega la leche poco a poco mezclándola. Aparte se baten las 4 claras a punto de nieve, se le agregan las yemas y se continúa batiendo hasta que estén bien mezclados que se le agregan al batido y se mezcla muy despacio, se le agrega el anís y se mezcla despacio para que no se bajen las claras, y por último se agrega la harina cernida con el royal y la punta de un

cuchillo de sal, se mezcla bien sin batir, se echa en una cazoleja alta y cuadrada untada de manteca y espolvoreada de harina dejándola no muy llena porque crece mucho; se pone a asar en el horno caliente y con calor regular, cuando está asado se saca del horno; con una brochita se le pone encima agua dulce espesa y se espolvorea con azúcar y se vuelve a meter en el horno para que coja bonito color, se saca del horno y se parte en cuadritos y se pone a enfriar en un cedazo. Si quedan de un día para otro, deben guardarse en latas herméticamente cerradas.

### YEMAS DE COCO

Se ponen en una cacerola 6 yemas de huevo y se les va agregando poco a poco 100 gramos de azúcar, moviendo constantemente con una cuchara de madera, y se pone al fuego meneándolo constantemente durante cinco minutos hasta que quede como huevos mezclados; se deja enfriar, se le agrega una cucharadita de vainilla y cinco cucharadas de coco rallado y suficiente azúcar finamente molido hasta formar una pasta que se pueda amasar bien; se hacen bolitas que se colocan en cazolejas espolvoreadas con azúcar molido y se dejan hasta el día siguiente. Se coge una tableta grande de cacao Milán rallado, se pone al fuego un poquito de agua hirviendo, meneándolo constantemente con un tenedor, cuando está derretido y un poco frío se bañan las yemitas de coco una por una, dándoles vuelta para que queden bien cubiertas de cacao y luego se sacan sobre un tenedor y se espera hasta que no chorreen nada. Se colocan en cazolejas forradas con papel impermeable, por encima se espolvorean con coco rallado y cuando están bien secas se colocan en cápsulitas de papel, (que son unas canastitas de papel como en las que vienen los confites de cacao rellenos).

### BOLLITOS DE YEMAS

- 2 cucharadas de mantequilla
- 3 cuartos de vaso de azúcar
- 4 yemas
- 1 cucharada de vainilla
- 3 tazas de harina
- 2 cucharaditas de royal

- ½ vaso de leche fría
- 1 onza de corintas.

En una fuente honda se bate la mantequilla con una cuchara de madera durante diez minutos, enseguida se le agrega el azúcar y se bate 10 minutos más luego se agregan las 3 yemas y se bate 10 minutos más, enseguida se le echa la vainilla y se mezcla bien, luego se echa la harina cernida con el royal, la leche y las corintas y se mezcla todo. Esta pasta se pone en montoncitos, en cazolejas untadas de manteca y espolvoreadas de harina y se asan en el horno con calor regular.

### BEBIDAS REFRESCANTES

*Sirope de arroz y cebada:* Se dejan aparte, desde la víspera y en agua ½ libra de arroz y ½ de cebada. Al día siguiente se muelen separadamente, se deslíen en agua y se cuelean. Aparte se hace un sirope de azúcar con unas astillitas de canela, cuando esté de punto se agrega el arroz y cebada preparados, se deja cocinar meneándolo constantemente hasta que hierva y esté espeso. Se deja enfriar meneándolo para que no se haga nata. Al día siguiente se le saca la canela y se le echan unas gotas de esencia de almendras, al gusto. Se enjuaga con alcohol las botellas en que se envasará y se tapa herméticamente. Con una o dos cucharadas de este sirope se endulza un vaso de fresco. Es una bebida muy refrescante.

*Horchata de cebada:* Se remoja la cebada, se muele junto con un bastoncito de canela y un clavo de olor, se deslíe en agua y se cuelea, se azucara al gusto. Para las personas que sufren del hígado es muy saludable si se le agrega una cucharada de sal de frutas a cada vaso de horchata.

### En un Restaurant.

El camarero:—Señor, ¿qué le pasa?

El parroquiano:—Nada, estoy llorando para ver si se *enternece* este bistek.

### Consulta Médica.

El Médico:— Si no le gusta el remedio, tómeselo haciendo de cuenta que es vino.

El paciente:— ¿No será lo mismo tomar vino y hacerme cuenta que es el remedio?